

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN:

«TENGO QUE ESCRIBIR SOBRE FRANCO»

EL MUNDO, 15/4/70

Fernando Valls

Prestigioso periodista, poeta, ensayista, narrador... Manuel Vázquez Montalbán publica su última novela, *Galíndez*, en Seix-Barral. EL

MUNDO.— ¿Qué hay de novedoso en *Galíndez* respecto a su obra anterior?

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN.— Hay cambios. Tanto con respecto a un tipo de novela lineal, como las de Carvalho, cuanto a relatos como *El pianista*, donde se juega con el tiempo, o incluso respecto a una novela de situaciones comparadas, falsificadas por la memoria, como *Los alegres muchachos de Atzavara*. Estructuralmente *Galíndez* planteaba un problema inicial, lograr dos tiempos históricos diferentes y dos puntos de vista diferenciados. Esto lo resolví hermanando el tono de intimismo y de introspección en el discurso narrativo de Galíndez y de Muriel, utilizando el mismo procedimiento, usando la segunda persona. En cambio, los elementos amenazantes, la otredad, aparecen narrados en tercera persona.

La tesis se parece bastante a la de *El pianista*. Es una comparación entre la ética de dos momentos históricos diferentes. Sin establecer una sanción moral, se llega a la conclusión de que cada época construye su ética.

EL MUNDO.— ¿Por qué el personaje de Galíndez?

M.V.M.— Me enteré de la historia de Galíndez muy poco después de que ocurriera; yo tenía 17 años y estaba en el primer curso de la Universidad. Me pareció surrealista esa noticia de que habían secuestrado a un profesor en la Quinta Avenida. Me fui enterando de quién era, leí los libros hagiográficos que escribieron los vascos, apuntes curiosos, como el que le dedica Vicente Llorens, el libro de Gregorio Morán... Empecé a recibir textos inencontrables, fotocopios, fotos de Galíndez... También seguí sus itinerarios y hablé con gente que lo conoció. Pude reconstruir la vida de Galíndez novelescamente, pero opté por usar a Galíndez de fondo y primar la historia de Muriel que a través del político vasco intenta encontrar su propia

identidad.

EL MUNDO.— No se da, en general, visión muy positiva de los exiliados españoles.

M.V.M.— Es por la óptica del personaje. Muriel está enamorada de Galíndez y le molesta que Ayala o Margarita Uccelay lo traten con distancia. Después hay personajes que llevan una doble conducta. He intentado que la visión que se da del exilio quede lo más plural posible.

EL MUNDO.— Quizá uno de los aspectos más sugestivos del relato consiste en rescatar una visión más compleja de este episodio de nuestra historia.

M.V.M.— Sí. Me interesaba lo ético, los problemas de supervivencia, y la jerarquía de valores que cada época impone, y cómo esta gente se crea un código. Esto se ve en la conversación del joven socialista con su tío en el País Vasco, al comienzo de la novela.

EL MUNDO.— Muriel es personalidad curiosa. Podemos considerarla como la segunda protagonista.

M.V.M.— A mí me resulta más interesante que

Galíndez. Es una desintegrada y sólo adquiere entidad con su búsqueda del protagonista. Llega un momento en que Galíndez justifica todas las acciones de su existencia e, incluso, intenta vivir las mismas experiencias que vivió él. Creo que responde bastante bien a la típica biografía del americano liberal. Lo mitifica todo, se apropia de todo. Ella va construyendo su propio esqueleto a partir de la vampirización de Galíndez.

EL MUNDO.— Ha logrado una curiosa y rica mezcla de estilos.

M.V.M.— La labor de «collage» es constante. No sé si todo queda bien

ensamblado.

EL MUNDO.— Los personajes secundarios son a veces muy ricos. Angelito quizá es el caso más llamativo y logrado.

M.V.M.— Se ganó su propio papel. Yo pretendía darle mucho menos protagonismo, pero poco a poco se fue hinchando y se apoderó de la novela. Es un mestizo histórico, cultural, moral, capaz de pasar en un segundo de verdugo a víctima. Me pareció que con este personaje había hecho un hallazgo y por eso le di más protagonismo, quitándole a Robards, agente de la CIA y poeta frustrado.

EL MUNDO.— En esta novela ha insignificado, más que en ninguna otra de las suyas, el uso de los recursos y artificios literarios.

M.V.M.— Hay mucha utilización del «hecho diverso», que yo había empleado otras veces, pero no con la intensidad que lo hago aquí, sino por la simple dimensión de la novela, que obliga a una pluridimensionalidad.

EL MUNDO.— Roa Bastos se sorprendió, en una entrevista reciente, de que no se hubiera escrito una novela sobre Franco.

M.V.M.— Yo tengo que

escribir una. Ya he firmado un contrato, con la editorial Planeta, para la colección *Memoria de la Historia*.

Tengo que escribir un libro titulado *Yo Franco*. Cuando me lo he planteado me siento incapaz de escribirlo en primera persona sin explicar la historia. Creo que he encontrado la forma de empezar. Sería la novela que una de estas editoriales posmodernas encargan a un antifranquista. En teoría sería la visión que quiere dar Franco de sí mismo a los niños, pero el autor va dando su visión personal en una serie de notas, y así crece la novela en este doble juego. Cuando se la entrega al editor éste le dice que está muy bien pero que quite todas las notas. Este verano me pondré con ella. ¡Pero cómo se puede escribir una novela sobre Franco y darle una dimensión épica!

EL MUNDO.— Sus novelas muestran una visión crítica de la realidad, de la vida cotidiana, de la historia.

M.V.M.— Yo siempre la he llamado «novela crónica», que es una excusa o una operación de

desguace. Sciascia utiliza esos elementos para hacer una

novela política, en clave casi metafísica italiana. Para mí la novela policíaca ha sido una percha para la novela crónica y así poder contar un período histórico de forma más o menos divertida sin hacer realismo crítico y pasándome bien, como escritor y como observador.

EL MUNDO.— Tanto los personajes como los territorios que aparecen en la novela tienen una curiosa y extraña dualidad, no viven integrados en su mundo, todos tienen una doblez.

M.V.M.— Este efecto lo descubrí «a posteriori», pero está creado por la propia personalidad de los protagonistas que son todos seres fronterizos. Quizá el más implicado es el funcionario socialista, que no quiere tener pasado, pero al final adopta el compromiso por sus sentimientos hacia Muriel, y por ella se vuelve ético e histórico. Esto es una pequeña broma que proviene de la zarzuela *Luisa Fernanda*, donde un hacendado extremeño canta que se ha comprometido «por el amor de una mujer...».

EL MUNDO.— Cita un *Ápice de Hölderlin* («Si tienes un intelecto y un corazón, muestra uno solo de los dos. Si los muestras juntos te maldicen») en el que parece que habla más usted y de usted mismo, que no un personaje.

M.V.M.— Eso se lo robé a Francisco Ayala, está en sus memorias. Es el quien lo dice en la novela. Es una divisa en la obra y en la persona de Ayala.

EL MUNDO.— En la suya también y además una divisa de la época.

M.V.M.— Sí, sí. Es una divisa de los tiempos actuales. Hasta Felipe González pronunció, sin darse cuenta, la frase de Hölderlin. «mi corazón

va por un lado, mi cerebro por otro...».

